

montados en caballos pequeños y flacos. Al presentarse, se prepararon los enemigos á defender el paso; pero cuando vieron lo desordenada y, según ellos, mal montada que iba aquella tropa, la despreciaron y descuidaron la guarda. Advertido por los numidas espolearon sus caballos, y, cargando con ímpetu sobre los enemigos, pasaron sin que pudieran éstos impedirlo. Desparramados por la comarca y arrasando y robando el país, pronto obligaron á los ligurianos á dejar libre salida al ejército de Minucio.

Algún general, atacado por multitud de enemigos, concentró sus fuerzas, dejándose rodear, y acometiendo después con ímpetu por el punto más débil de las contrarias, abrióse paso y salvó su ejército.

Advirtió Marco Antonio en su retirada delante de los parthos que éstos le atacaban todos los días al amanecer, cuando se ponía en marcha, acosándole durante todo el camino, y determinó no moverse hasta el medio día. Creyeron los parthos que no iba á levantar el campamento el primer día que tomó tal determinación, y se retiraron á sus puestos, por lo cual pudo Marco Antonio caminar dicho día sin ser molestado. El mismo general, para librar á sus soldados de las flechas de los parthos, dispuso que, cuando éstos atacaban, se arrojara la primera fila de las legiones, la segunda ponía sus escudos sobre las cabezas de los soldados de las primeras, la tercera sobre los de la segunda, la cuarta sobre los de la tercera, y así sucesivamente. Todo el ejército quedaba como bajo un techo que le protegía contra las flechas enemigas.

Esto es cuanto me ocurre decir de lo que puede suceder á un ejército en marcha, y, si no me hacéis observaciones, pasaremos á otro asunto.

## LIBRO SEXTO

### SUMARIO

Campamentos de los griegos y de los romanos.—Deben imitarse en parte los de los romanos.—Descripción del campamento que el autor propone.—Por qué debe haber determinadas distancias entre las calles y los espacios del campamento.—Uso que debe hacerse de los espacios.—Ingenieros de los campamentos.—Estacadas de los romanos: no deben hacerse, y si sólo fosos y parapetos.—Manera de hacer los campamentos en la proximidad al enemigo.—Guardia ó centinelas del campamento.—Cuidado con que debe observarse quién sale y quién entra de nuevo en él.—Castigos y recompensas entre los romanos.—Los mismos soldados eran ejecutores de los primeros.—Hacían jurar á los soldados la observancia de la disciplina.—Prohibían en los campamentos las mujeres y los juegos.—Manera de levantar el campamento.—Preceptos de los romanos para acampar; que el sitio fuera sano; que no lo pudiera cercar el enemigo.—Cómo se conserva la salud en el ejército.—De los víveres.—Cómo acampa el ejército cuando excede del número ordinario.—El ejército no debe pasar de cincuenta mil soldados.—Ejemplos griegos y romanos.—Manera de engañar á las ciudades sospechosas y á los espías interiores.—Secreto que debe guardarse en los movimientos.—Diversos modos de conocer los secretos de los enemigos.—Escaramuzas; cuándo deben hacerse.—Ejército sitiado en el campamento; cómo debe entretener al enemigo y salvarse.—Ejemplos de capitanes célebres.—Cómo se dividen las fuerzas del enemigo.—Cómo se apaciguan las sediciones y discordias entre los soldados.—Lo que más sirve para estos casos es la fama del general.—Augurios.—Cómo se aprovechaban en la antigüedad.—Determinaciones y estratagemas para engañar y vencer al enemigo.—De cómo se asegura el general de las poblaciones sospechosas y gana en su favor á los pueblos.—Es peligrosísimo guerrear en invierno, y debe evitarse.

*Zanobi.*—Puesto que vamos á variar de asunto, creo que Bautista debe encargarse de lo que yo hago, imi-

tando así á los buenos generales que, según ha dicho el Sr. Fabricio, ponen sus mejores soldados delante y á retaguardia por ser necesario que los primeros inicien vigorosamente el combate, y los segundos lo sostengan con igual valor. Cosme empezó esta conversación con el mejor éxito, y Bautista la terminará con igual acierto. Luis y yo la hemos mantenido entre ellos, y como cada cual de nosotros ha desempeñado voluntariamente su cargo, creó que Bautista lo aceptará de igual modo.

*Bautista.*—He hecho hasta ahora lo que habéis querido y seguiré haciéndolo. Por tanto, señor Fabricio, continuad vuestro razonamiento y perdonad que lo interrumpamos con nuestras preguntas.

*Fabricio.*—Ya os he dicho que vuestras interrogaciones me son muy gratas, porque, en vez de perturbar, refrescan mis ideas. Continuando el asunto, diré que ya es tiempo de acampar nuestro ejército, porque, según sabéis, todo lo animado necesita descanso y descanso seguro, que, sin seguridad, no es verdadero. Probablemente hubieseis querido que yo acampara primero al ejército, le hiciera después caminar, y, por último, combatir; y hemos hecho lo contrario. Esto era necesario, porque, al explicar cómo un ejército en marcha se ponía en orden de batalla y después recobraba el de marcha, era preciso mostrar primero la manera de organizarse para combatir.

Volviendo, pues, á nuestro asunto, digo que el campamento debe ser fuerte y estar bien dispuesto: fuerte lo hace el sitio y el arte; bien organizado, el talento del general. Los griegos buscaban posiciones naturalmente fortísimas, y no lo establecían sin estar apoyado en un despeñadero ó marco de río, ó bosque, ó cualquier otro reparo que lo defendiera. Los romanos confiaban más en el arte que en la naturaleza, y jamás acampaban en

sitio donde no pudieran desplegar, con arreglo á su ordenanza, todas sus fuerzas.

De aquí que tuvieran siempre la misma forma de acampar, porque nunca la supeditaban al terreno, sino éste á aquélla; cosa imposible á los griegos, quienes, ajustándose al sitio y variando éste de condiciones por necesidad, variaban la manera de acampar y la forma de los campamentos. Los romanos suplían con el arte la falta de fuerza natural de la posición ocupada, y como en estas explicaciones me he propuesto imitar á los romanos, lo haré también en la manera de acampar, no copiando todas sus disposiciones, sino las que juzgo apropiadas á estos tiempos.

Ya os he dicho varias veces que en sus ejércitos consulares había dos legiones de ciudadanos romanos, los cuales sumaban unos once mil infantes y seiscientos caballos, y que además llevaban otros once mil infantes de tropas auxiliares. Jamás tenían sus ejércitos más soldados extranjeros que romanos, exceptuando la caballería, la cual no les importaba fuese más numerosa que la de sus legiones.

En todas las batallas ponían las legiones romanas en el centro, y las tropas auxiliares en los flancos. Lo mismo hacían al acampar, como habréis leído en los escritores que se ocupan de estos asuntos. Por esto no explicaré sus campamentos, sino diré cómo acamparía ahora mi ejército, y así advertiréis lo que adopto del método romano.

Sabéis que, á semejanza de las legiones romanas, he formado dos brigadas de seis mil infantes y trescientos caballos útiles para cada una, y el número de los batallones, las armas y los nombres que les he dado. Recordaréis que, ni en el orden de marcha ni en el de batalla, he hecho mención de otras tropas, indicando sólo que, al doblar el número de combatientes, se doblaba la formación.

Al explicaros ahora la manera de acampar, me parece oportuno no limitarme á las dos brigadas, sino reunir un ejército que tenga las fuerzas del romano, es decir, dos brigadas y otras tantas tropas auxiliares. Lo hago para que el modo de acampar sea más regular llevando un ejército completo, lo cual no era necesario para las demás operaciones antes explicadas.

Para acampar un ejército completo de veinticuatro mil infantes y dos mil caballos útiles, dividido en cuatro brigadas, dos de mis propios súbditos y otras dos de tropas auxiliares, haré lo siguiente: Encontrado el sitio donde quiera establecer el campamento, enarbolaré la bandera capitana y, tomándola por centro, será trazado un cuadro, cuyos lados estarán alejados entre sí cincuenta brazos, mirando á las cuatro partes del cielo, es decir, á Levante, Poniente, Mediodía y Norte. En este espacio estará la tienda del general. Por considerarlo prudente y porque lo hacían los romanos, separaré los hombres armados de los desarmados, y los dispuestos á combatir de los impedidos. Todos, ó casi todos los armados acamparán en la parte de Levante, y los desarmados é impedidos en la de Poniente. El frente del campamento estará á Levante, y la espalda á Poniente; los flancos al Norte y al Mediodía.

Para distinguir el campamento de los armados, trazaré una línea desde la bandera capitana hacia Levante en una extensión de seiscientos ochenta brazos. A los lados y tan largas como éstas, haré otras dos líneas, distantes cada una de la del centro quince brazos. A la extremidad de estas tres líneas estará la puerta de Levante, y en el espacio que media entre las dos líneas de los lados haré una calle que vaya desde dicha puerta á la tienda del general, teniendo treinta brazos de anchura por seiscientos treinta de larga, porque la tienda ha de ocupar cincuenta brazos. Esta calle se llamará *vía capi-*

*tana*. Haré después otra desde la puerta del Mediodía á la puerta del Norte ó Tramontana, pasando por la cabeza de la vía capitana y rasante con la tienda del general por Levante. Ésta tendrá de largo mil doscientos cincuenta brazos, por ocupar toda la extensión del campamento, y de ancho treinta brazos, llamándose *vía de la Cruz*. Trazados el alojamiento del general y estos dos caminos, empezaré á señalar el sitio para las tiendas de mis propias brigadas, poniendo una á la derecha de la vía capitana, y la otra á la izquierda. Pasando el espacio que ocupa el ancho de la vía de la Cruz, estableceré treinta y dos alojamientos á la izquierda de la vía Capitana, y otros treinta y dos á la derecha, dejando entre el décimo sexto y décimo séptimo un espacio de treinta brazos que formará una calle transversal entre todos los alojamientos de las brigadas, según veremos al hablar de su distribución. De estos dos órdenes de alojamientos, los primeros del frente, á cada lado de la vía de la Cruz, se destinarán á los jefes de los hombres de armas, y los quince que les siguen, también por ambos lados, para los hombres de armas que, siendo ciento cincuenta en cada brigada, corresponderán diez á cada alojamiento. Los de los jefes tendrán cuarenta brazos de ancho y diez de largo (advértase que cuando digo ancho me refiero al espacio de Mediodía á Norte, y largo es de Poniente á Levante). Los de los hombres de armas tendrán quince brazos de largo por treinta de ancho.

Los otros quince alojamientos que les siguen por ambas partes y que principian pasada la calle transversal, tendrán el mismo espacio que los de los hombres de armas y los destinaré á la caballería ligera. Siendo también de ciento cincuenta hombres por brigada, corresponderá un alojamiento para cada diez soldados. Los que hacen el número diez y seis por cada lado serán para los jefes de esta fuerza y tendrán la misma exten-

sión que los de los jefes de los hombres de armas. De esta suerte los alojamientos de la caballería de las dos brigadas quedan á ambos lados de la vía Capitana y sirven de regla para trazar los de la infantería en la forma que voy á explicar.

Habéis visto cómo he alojado los trescientos caballos de cada brigada con sus jefes en treinta y dos alojamientos, colocados junto á la vía Capitana á partir de la vía de la Cruz, y dejando entre el diez y seis y diez y siete un espacio de treinta brazos que forma la calle transversal. Voy ahora á alojar los veinte batallones que forman las dos brigadas ordinarias, y pondré los alojamientos de cada dos batallones detrás de los de la caballería, teniendo cada uno quince brazos de largo y treinta de ancho, como los de la caballería, y tan juntos unos á otros que se toquen por la espalda. El primer alojamiento de cada lado, inmediato á la vía de la Cruz, será para el condestable de cada batallón, y ambos estarán, por consiguiente, en la misma línea que los de los hombres de armas. Su capacidad será de veinte brazos de ancho por diez de largo. En los quince que siguen á cada lado de la calle transversal pondré, también á cada lado, un batallón de infantería, formado de cuatrocientos cincuenta hombres, correspondiendo á treinta por alojamiento. Situaré otros quince alojamientos inmediatos á los de la caballería ligera con igual capacidad, y en ellos un batallón de infantería por cada lado. Los dos últimos de ambos lados serán para los condestables de los batallones, y estarán en la misma línea de los que tienen los dos jefes de dicha caballería, con una capacidad de diez brazos de largo por veinte de ancho. De este modo las dos primeras líneas de alojamiento serán por mitad de caballería y de infantería; y como quiero, según ya dije, que todos los soldados de caballería sean útiles para el servicio y que no haya sirvientes desti-

nados á cuidar los caballos, ordenaré, como lo disponían los romanos, que la infantería acampada inmediatamente detrás de la caballería esté obligada á ayudar á ésta y á sus órdenes, exceptuándola de otros trabajos de campamento.

Detrás de estas dos líneas de alojamientos dejaré un espacio de treinta brazos formando dos calles, á las cuales llamaré: *primera calle á la derecha y primera calle á la izquierda*. A cada lado colocaré otra línea de treinta y dos alojamientos dobles, contiguos por detrás unos á otros, con igual capacidad á los ya citados y divididos de igual modo, después del diez y seis, para formar la calle transversal, alojando á cada lado cuatro batallones de infantería con sus condestables á la cabeza y á la cola. Dejando, después, otros dos espacios de treinta brazos, uno por lado, que llamaré: *segunda calle á la derecha y segunda calle á la izquierda*, pondré otras dos líneas de treinta y dos alojamientos dobles, con iguales distancias y divisiones, y en ellos otros cuatro batallones por lado, con sus condestables. De esta suerte quedan acampados en tres líneas de alojamientos, á los costados de la vía Capitana, la caballería y los batallones de las dos brigadas ordinarias.

Compuestas de igual número de soldados las dos brigadas auxiliares, las acamparé á ambos lados de las dos brigadas ordinarias y en igual forma que éstas, poniendo primero una línea de alojamientos dobles, ocupada la mitad por caballería y la otra mitad por infantería, apartadas una de otra treinta brazos, formando dos calles que se llamarán: *tercera calle de la derecha y tercera calle de la izquierda*. Estableceré después á cada lado otras dos líneas de alojamientos ordenados de igual modo que los de las brigadas ordinarias, y formaré otras dos calles que llamaré con el número correspondiente á la izquierda ó á la derecha. Toda esta

parte del ejército quedará, por tanto, acampada en doce líneas de alojamientos dobles, con trece calles, incluyendo la vía Capitana y la de la Cruz. Entre los alojamientos y los fosos y trincheras dejaré un espacio de cien brazos alrededor del campamento, y sumando todos estos espacios veréis que desde el alojamiento del general á la puerta de Levante hay seiscientos ochenta brazos.

Nos quedan ahora dos espacios, uno desde el alojamiento del general á la puerta del Mediodía y otro desde el mismo hasta la puerta de Tramontana ó del Norte. Midiéndolos desde el centro del alojamiento tienen cada uno seiscientos veinticinco brazos. Tomo de ellos cincuenta brazos que ocupa el alojamiento del general; cuarenta y cinco brazos para la plaza que deseo dejar á cada lado del mismo; treinta brazos para la calle que por mitad separará ambos espacios y cien brazos que por cada parte median entre el foso y los alojamientos, quedando para éstos, también por cada lado, un espacio de cuatrocientos brazos de ancho por ciento de largo, midiendo el largo con el espacio que tiene el alojamiento del general. Dividiendo por mitad á lo largo estos dos espacios, haré á izquierda y á derecha del general cuarenta alojamientos de cincuenta brazos de largo por veinte de ancho, siendo en conjunto ochenta alojamientos destinados á los jefes de brigada, al tesorero y á los maestros de campo y cuantos desempeñan cargos en el ejército. Dejaré algunas vacantes para los extranjeros que visiten el ejército y para los que militen por favor del general.

Por detrás del alojamiento de éste abriré una calle del Mediodía al Norte de treinta brazos de ancha, que llamaré *calle de la Cabeza* y pasará á lo largo de los ochenta alojamientos referidos, de modo que entre esta vía y la de la Cruz quedarán el alojamiento del capitán

y los ochenta citados. Desde esta calle de la Cabeza y frente al alojamiento del general abriré otra hasta la puerta de Poniente de treinta brazos de ancha, correspondiendo por el sitio y extensión á la vía Capitana, y la llamaré *calle de la Plaza*. Trazadas ambas calles, estableceré la plaza, donde estará el mercado, situándola á la cabeza de la calle de la Plaza, frente al alojamiento del capitán y unida á la calle de la Cabeza, procurando que sea cuadrada, de ciento sesenta brazos por lado. A derecha é izquierda de la plaza pondré dos cuerpos de ocho alojamientos dobles cada uno, y tendrán veinte brazos de largo por treinta de ancho. La plaza estará, por tanto, entre diez y seis alojamientos por lado, que en junto hacen treinta y dos. En ellos pondré la caballería supernumeraria de las brigadas auxiliares, y, si no cupiera toda, les daré algunos de los alojamientos que están á los lados del cuartel general, especialmente los cercanos á los fosos.

Réstame alojar las picas y los vélites extraordinarios adjuntos á cada brigada; pues ya sabéis que, según mi ordenanza, cada una tiene, además de los diez batallones, mil picas extraordinarias y quinientos vélites, de modo que las dos brigadas propias cuentan dos mil picas y mil vélites extraordinarios y otros tantos para las brigadas auxiliares. Tengo, pues, que alojar aun unos seis mil hombres de infantería, á quienes colocaré hacia Poniente á lo largo de los fosos y trincheras. Al extremo de la calle de la Cabeza, hacia el Norte, dejando un espacio de cien brazos hasta el foso, situaré un cuerpo de cinco alojamientos dobles que ocupará un local de setenta y cinco brazos de largo y sesenta de ancho, y, dividida la anchura, corresponderá á cada uno quince brazos de largo y treinta de ancho. En estos diez alojamientos pondré trescientos infantes, treinta en cada uno de ellos. Dejando un espacio de treinta y

un brazos, colocaré de igual modo y con las mismas distancias otro cuerpo de cinco alojamientos dobles, sumando cincuenta, alineados á la parte del Norte y distantes cien brazos de los fosos. En ellos acamparán mil cien infantes.

Volviendo después á mano izquierda, hacia la puerta de Poniente, colocaré en el espacio hasta dicha puerta otros cinco cuerpos de alojamientos dobles, del mismo modo y con iguales distancias, con la diferencia de que un cuerpo sólo distará del otro quince brazos. Alojareé en ellos mil quinientos infantes. De este modo desde la puerta del Norte á la de Poniente habré establecido á lo largo de los fosos cien alojamientos distribuídos en diez cuerpos de á cinco alojamientos dobles, en los cuales estarán todas las picas y los vélites extraordinarios de las brigadas propias.

Desde la puerta de Poniente á la del Mediodía á lo largo del foso y de igual modo, pondré otros diez cuerpos de diez alojamientos cada uno, para las picas y los vélites extraordinarios de las brigadas auxiliares. Sus jefes ó condestables ocuparán las tiendas que les parezcan más cómodas hacia la parte de los fosos. La artillería estará á lo largo de las trincheras y, en el espacio que queda hacia Poniente, colocaré todos los desarmados y la impedimenta del campamento.

Bajo el nombre de impedimenta comprendían en la antigüedad, como sabéis, todo lo necesario al ejército, además de los soldados, como carpinteros, herreros, herradores, canteros, ingenieros, artilleros, aunque estos dos últimos deben considerarse verdaderos soldados, pastores con sus rebaños de bueyes y ovejas necesarios para la manutención del ejército y trabajadores de diferentes oficios, con los carros necesarios para las municiones de guerra y boca. No detallaré el alojamiento de la impedimenta, diciendo sólo que las vías traza-

das no debe ocuparlas. Los cuatro espacios que entre ellas quedan los designaré en conjunto para la impedimenta, uno para el ganado, otro para los trabajadores y la maestranza, otro para los carros de víveres y otro para las municiones de guerra. Las vías que deben quedar libres son la de la Plaza, la de la Cabeza y además una que se llamará *calle de en medio*, que irá de Norte á Mediodía, atravesando por su mitad la calle de la Plaza, y será, para la parte de Poniente lo que la calle transversal para la de Levante. Trazaré además por detrás de estos cuatro espacios otra calle á lo largo de los alojamientos de las picas y de los vélites extraordinarios. Todas estas calles tendrán treinta brazos de anchura. La artillería, como he dicho, la pondré á lo largo y por detrás de los fosos.

*Bautista.*—Confieso no entenderlo y no me avergüenzo de confesarlo, porque mi profesión no es la de la milicia. Sin embargo, esa organización me satisface bastante. Quisiera sólo que me aclaraseis dos dudas: una, por qué hacéis las calles y los espacios de alrededor de los alojamientos tan anchos; y otra, para mí más grande, cómo se alojan los soldados en los sitios destinados á este efecto.

*Fabricio.*—Hago las calles de treinta brazos de ancho para que pueda pasar por ellas un batallón de infantería en orden de batalla, y recordaréis que esta formación ocupa un espacio de veinticinco á treinta brazos de ancho. Se necesita sea de cien brazos el que separa los alojamientos del foso, para el manejo de los batallones y de la artillería, conducir el botín por él y en caso necesario retirarse tras nuevos fosos y nuevas trincheras. Es además conveniente apartar de los fosos los alojamientos para que estén menos expuestos al fuego y á las armas arrojadas del enemigo.

Respecto á la segunda duda, no pretendo que haya

una sola tienda en cada espacio trazado, sino que pongan las que quieran los que hayan de ocuparlo, atendiendo á su comodidad con tal de no extralimitarse del terreno que les corresponde.

Los que tracen los alojamientos deben ser hombres prácticos y hábiles ingenieros, de modo que tan pronto como el general haya elegido el sitio, sepan darle forma y distribuirlo, trazando las calles, señalando los alojamientos con cuerdas y estacas de un modo práctico, procurando que inmediatamente quede hecha la obra. Para que no resulte confusión conviene orientar el campo siempre de igual modo á fin de que cada cual sepa en qué sitio ha de encontrar su alojamiento. Esto debe observarse en todo tiempo y en todo lugar, de modo que parezca una ciudad móvil que por donde va lleva las mismas calles, las mismas casas y tiene el mismo aspecto, cosa imposible para los que, buscando posiciones fuertes, necesitan variar la forma del campamento, según las condiciones del sitio.

Los romanos, al contrario, fortificaban el lugar del campamento con fosos, vallados y trincheras; haciendo una estacada á su alrededor y delante de ella un foso ordinariamente de seis brazos de ancho y tres de fondo, ensanchándolo y profundizándolo, según el tiempo que querían permanecer en aquel punto ó el temor que les inspiraba el enemigo. Yo no haría en la actualidad estacadas si no quería invernar en el campamento. Haría, sí, fosos y trincheras, no sólo iguales á los romanos, sino mayores, según las circunstancias.

Además abriría, á causa de la artillería, un foso semi-circular en cada uno de los ángulos del alojamiento, desde donde podría batir con los cañones por el flanco á los que atacaran las trincheras.

El ejercicio de ordenar un campamento deben practicarlo los soldados, acostumbrándose los oficiales á tra-

zarlo con prontitud y los soldados á conocer rápidamente su sitio, lo cual no es difícil, como oportunamente demostraré.

Pasaremos ahora á hablar de las guardias del campamento porque, sin la distribución de dichas guardias, los demás trabajos serían inútiles.

*Bautista.*—Antes de tratar ese asunto os ruego me digáis qué precauciones debe tomar el que quiera acampar cerca del enemigo, porque no creo que haya tiempo para realizar, sin peligro, todas las operaciones que nos habéis explicado.

*Fabricio.*—Sabed que ningún general acampa cerca del enemigo si no está dispuesto á dar la batalla cuando éste quiera, y, con tal resolución, no corre ningún peligro extraordinario, porque tiene ordenadas siempre para pelear dos terceras partes de su ejército y la restante encargada del campamento. Los romanos en tales casos destinaban los triarios á fortificar los alojamientos y los príncipes y los astarios estaban sobre las armas. Hacían esto porque, siendo los triarios los últimos en combatir, siempre tenían tiempo, si atacaba el enemigo, para dejar el trabajo, empuñar las armas y ocupar su sitio en el campo de batalla. Siguiendo el ejemplo de los romanos, dedicaréis á la construcción de los alojamientos á los batallones que hayáis de poner á retaguardia del ejército, en el lugar que ocupaban los triarios. Pero hablemos ahora de las guardias y de cómo deben establecerse.

No recuerdo que en la antigüedad se pusieran de noche para guardar el campamento centinelas fuera y á distancia de los fosos como hoy se usa; y, á mi juicio, no lo hacían para evitar que el ejército fuera engañado á causa de la dificultad de verlos y de la exposición de que el enemigo los gane ó los prenda, por lo cual estimaban peligroso fiarse de ellos en parte ó en todo.